

José Tolentino Mendonça

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD
DE LOS SENTIDOS

Traducción del portugués de
TERESA MATARRANZ

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original «Para uma espiritualidade do tempo presente», primer capítulo del libro *A mística do instante. O tempo e a promessa* (2014).

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 36

Primera edición ABRIL DEL 2016

Producción editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica INÈS CASTEL-BRANCO

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, SA

© 2014 INSTITUTO MISSIONÁRIO FILHAS
DE SÃO PAULO – PAULINAS EDITORA
Rua Salgado Zenha, 11
2685-332 Prior Velho – Portugal
www.paulinas.pt
por el texto

© 2016 TERESA MATARRANZ LÓPEZ
por la traducción

© 2016 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L.
por esta edición

Depósito legal B. 2.827-2016
ISBN 978-84-15518-29-7



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Con el apoyo del Departamento de Cultura

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

ÍNDICE

Hay más espiritualidad en el cuerpo	11
El cuerpo es la lengua materna de Dios	14
La sociedad del cansancio	17
Luchar contra la atrofia de los sentidos	19
Desde el sufrimiento	21
Desde el luto	22
Desde la reclusión de la vida por la rutina	24
Desde el exceso de comunicación	26
Redescubrir el tacto	28
Retornar al gusto	31
Revisitar el olfato	33
Volver a la audición	37
Abrir la visión	38
Un proyecto de espiritualidad	41
Encontrar una relación con el tiempo	43
Descubrirse amado	46
Una mística con los ojos abiertos	48
El significado de la mística	51
¿Solo un o... o...?	54
Creo en la desnudez de mi vida	56
El sacramento del instante	58
<i>Bibliografía</i>	63

Es místico aquel o aquella
que no puede dejar de caminar.

MICHEL DE CERTEAU, *La fable mystique*

SI TUVIÉRAMOS QUE BUSCAR un sinónimo para *espiritualidad* elegiríamos, sin miedo a equivocarnos, *interioridad*. Interioridad parece ser también la noción más afín a la idea de mística.

Cierra la puerta de tus sentidos
y busca a Dios en lo profundo

proponía uno de los exponentes del pietismo en el siglo XVIII. Su propuesta representa bien lo que podríamos designar *mística del alma*. ¿De qué se trata? De considerar que el camino que nos conduce a Dios es fundamentalmente un ejercicio interior que implica la relativización o incluso la renuncia de los sentidos corporales. Para alcanzar lo divino, el alma debe sumergirse en el alma misma. La divinidad se oculta a las posibilidades del cuerpo y de su gramática; solo se deja detectar por el radar de la profundidad más rigurosa. La divinidad es un misterio. El camino pasa por desligarse

del mundo, del mundo habitual y cotidiano, y entrar de nuevo en el espacio interior, la auténtica morada que Dios guarda religiosamente.

En una obra que causó gran impacto en el imaginario cristiano, y que llevaba por título *De la verdadera religión*, decía san Agustín: «No salgas fuera de ti, vuelve a ti, en el interior del hombre habita la verdad.» Hemos de reconocer que gran parte de la mística cristiana, de la más antigua a la contemporánea, ha glosado hasta el infinito este motivo, lo que muestra cuán oportuna es una relectura de ese precioso testimonio a la luz de una antropología más integradora. El gran san Juan de la Cruz, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XVI, explicaba que «cuanto el alma va más a oscuras y vacía de sus operaciones naturales, va más segura». La ascensión al monte místico implicaba tomar como programa la «noche sensitiva»; buscar «lo espiritual e interior» y combatir «el espíritu de la imperfección según lo sensual y exterior». Pero este modelo ha marcado y sigue marcando los referentes de la mística cristiana más próxima a nosotros. En pleno corazón comercial de Louisville, ciudad del estado norteamericano de Kentucky, una placa señala que allí, en 1958, tuvo lugar la segunda

conversión del monje trapense Thomas Merton. En ese momento era un autor mundialmente reconocido en el terreno de la espiritualidad. El volumen que lo había dado a conocer, justo diez años antes, fue su autobiografía, *La montaña de los siete círculos*, donde estaba absolutamente presente el paradigma de la huida del mundo. Caminando por Louisville, inmerso en la marcha frenética de una multitud en aquel epicentro comercial, Merton tuvo la intuición de que en verdad no había ninguna diferencia o separación entre él y aquel pueblo perdido y sediento. Se sintió, sencillamente, miembro de la familia humana, a la que el mismo Hijo de Dios había querido pertenecer. Nació así una nueva etapa de su espiritualidad, crítica en relación con la primera. Thomas Merton entendía que la mística solo puede ser una experiencia cotidiana, solidaria e integradora.

Hay más espiritualidad en el cuerpo

La excesiva interiorización de la experiencia espiritual, por un lado, y el distanciamiento del cuerpo y del mundo, por el otro, siguen siendo, en gran

medida, características destacadas de la espiritualidad que se practica. Lo espiritual suele considerarse superior a lo experimentado sensorialmente. Lo espiritual se considera complejo, precioso y profundo. Lo sensorial se ve como epidérmico y siempre algo frívolo. Existe una sintomática condición descarnada en la vivencia de lo religioso que se refugia voluntariamente en una representación de la alteridad en relación con el mundo, del que se considera (se viene considerando) distante, por no decir extraño. En la llamada *mística del alma*, el Espíritu divino es radicalmente otro frente al instante presente. Y frente al destino histórico y doloroso de las criaturas.

No deja de sorprendernos, sin embargo, el realismo narrativo que adopta la Biblia desde el primer momento. De hecho, en el núcleo de la revelación bíblica no encontramos las oposiciones tan corrientes después entre alma y cuerpo, interior *versus* exterior, práctica religiosa y vida ordinaria. En el centro está la vida, la vida que Dios ama porque, como enseña Jesús, «Dios es un Dios de vivos y no de muertos» (Lc 20,38). Tampoco encontramos aversión alguna hacia el cuerpo. Leeamos en el relato del Génesis:

Cuando Dios, el Señor, hizo la tierra y el cielo, no había aún arbustos en la tierra ni la hierba había brotado, porque Dios, el Señor, todavía no había hecho llover sobre la tierra ni existía nadie que cultivase el suelo. Entonces Dios, el Señor, modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz aliento de vida y el hombre se convirtió en un ser viviente.

Gn 2,4-7

¿Qué es este «soplo vital»? Es nada menos que el aliento de Dios, su espíritu, que pasa a estar activo en cada ser vivo, percibido como fuente misma de la existencia y codificado en los sentidos y manifestaciones vitales de la persona. Con la creación (es decir, desde el principio de los principios) se estableció una fascinante e inquebrantable alianza: la que une la espiritualidad divina y la vitalidad terrena. ¿Dónde, a partir de este momento, experimentaremos mejor el Espíritu de Dios sino en el extremo de la carne hecha vida? ¿Dónde entraremos en contacto con su soplo sino en el barro? ¿Cómo nos abriremos a su paso tangible sino mediante los sentidos?

La concepción bíblica se aleja expresamente de las versiones espiritualistas. Defiende una visión unitaria del ser humano en la que el cuerpo